

ELSA MORA O LA POESIA DE LO DURABLE

Como un ave exótica, raras veces vista, calificó Eusebio Leal a la emergente Elsa Mora : una artista que se acerca al universo femenino sin falsas complacencias, para poner ante nosotros las interrogantes de una condición que se refleja a sí misma en su interrelación con el entorno, más allá de simples simbologías o anécdotas coyunturales.

La primera vez que tropecé con su pintura sentí inmediatamente esa genuina identificación con una cosmogonía diferenciada, puesto que a pesar de las evidentes familiaridades de su pintura (con Leonora Carrington, Remedios Varo, o Frida Khalo) su obra tiene la virtud de comunicar inmediatamente la pesadilla y la delicia de ser mujer en un mundo signado por el predominio de los valores patriarcales. Quiero decir que Elsa Mora se parece a las autoras que la “influenciaron” de la misma manera que todas ellas se asemejan entre sí. Todas han esgrimido su discurso a partir de una insubordinación esmerada tomándose a sí mismas como protagonistas bien sea de manera implícita o surrealísticamente velada.

Intentar encasillar esta pintura dentro de corrientes estáticas o formales sería, en mi opinión, desconocer los derechos autónomos de un lenguaje que se propone, sobre todo, desacralizar integrando a su labor desmistificadora cuanto recurso resulte necesario: gótico o neobarroco funcionan en los cuadros de Elsa como elementos contrapuntísticos de un afán liberador que nada tiene que ver con la idolatría ni con la iconoclasta.

Su Confesión, un acrílico sobre cartulina realizado en 1993 es ilustrativa de un desafío que reconoce el “pecado” en un afán reivindicativo de la conducta femenina dentro de los marcos de la propia leyenda. Las mujeres de Elsa Mora ritualizan la mordedura de la manzana por intermedio de la serpiente en una acción pagana. El acercamiento visual a los cánones medievales es inmediatamente desvirtuado por una suerte de renacentismo conceptual cuya génesis solo podríamos identificar con una vocación transgresora, casi como un recordatorio, una legitimación del ancestral culto báquico.

Con una utilización predominante de los colores fríos y la recurrente inserción de textos que refuerzan la impresión de desafío, la obra de esta pintora toma mucho de la literatura universal y nos recuerda, por momentos, el lenguaje depurado de una Djuna Barnes o una Virginia Woolf en quienes la toma de una conciencia genérica está siempre precedida por la creación de una atmósfera eminentemente femenina: el poder de la sensación desplaza constantemente al motivo anecdótico, casi inexistente, dejando a la sugerencia esa función comunicadora que nos obliga a detenemos en los detalles. Ya que el mundo sigue siendo mundo y dios intocable, veo difícil que yo deje de ser yo, exclama una de las protagonistas de un cuadro que me hace siempre evocar una irreverente anunciación.

Resulta curioso el peso de los nombres de la tradición a la que se refieren los críticos cuando hablan de la obra de esta pintora. De Goya a Chagall y pasando por el Bosco y Brueghel, los especialistas tratan de develar el misterio de la poesía que late en estos

cuadros de pequeño formato. Quizás el Historiador de la Ciudad de La Habana Eusebio Leal, lo ha definido mejor al expresar que esta artista asiste absorta a la cristalización del misterio, que consiste en dejar hacer a la mano, lo que manda el corazón. Y en esta clave, la ausencia de premeditación, reside quizás la calidad poética de una pintura signada por un lento desplazamiento espacial o un hieratismo equívoco como transformación necesaria de la verdad absoluta en relativa (La Verdad Absoluta, 1997) o la certeza de que una sola cosa cuando tiene más de tres significados es cosa de preocuparse, (Los Significados, 1997).

De vez en cuando la nota autobiográfica parece interferir en este mundo complejo para situarnos en un marco más "realista" (Domingo en Las Biajacas, 1996). Entonces la pintura de Elsa adquiere una cualidad sensual y un tanto ingenua que alcanza un tinte de rara poesía en obras como La casita de la Paloma, 1996, o Cada Acto Habla de la Persona, 1997, en los que nos parece identificar a la autora con esa pequeña figura, vestida de un rojo sorpresivo en el centro de un entorno menos mágico y, en ocasiones, rotundamente cotidiano.

Pero la mayoría de las veces, por fortuna, los cuadros de Elsa Mora se aferran a las representaciones, al onirismo, a esa *"mariposa virtual, fina y nerviosa en el mundo maldito."* Y es que cuando el referente se toma más inmediato su pintura pierde ese toque de rebeldía que constituye, a mi modo de ver, la esencia de su discurso, abandonándose, de manera involuntaria a la ternura de la candidez.

Desde su primera exposición personal, hasta la más reciente, Elsa Mora ha mantenido un esfuerzo sostenido que se enriquece cada día en la búsqueda de motivaciones internas. Sorteando con facilidad los riesgos de la temporalidad y las coyunturas y se sitúa en un plano donde permanencia y universalidad otorgan a su obra el extraño poder de duración que emana de cada uno de sus cuadros.

La pintora ha expresado que no le interesa perderse en su mundo interior, ni seguir modas sino mirar alrededor y ubicarse en una pintura de lo femenino y en la actualidad artística esta explosiva conjunción es quizás la causante del encanto seductor que poseen sus cuadros. Encanto no prefabricado sino conseguido a fuerza de audacia y autenticidad.

Con sus Mujeres Mortales Elsa ha accedido a un plano que la sitúa entre las más interesantes creadoras del panorama pictórico cubano. Su éxito en Estados Unidos corrobora la eficacia de su lenguaje y el dominio de un oficio utilizado siempre como un medio provocador y sutil.

Posada como un ave rara en el jardín contemporáneo Elsa Mora dará todavía mucho de qué hablar a la crítica y a los aficionados. Su inserción ya no solo en el universo pictórico que cobra fuerza en la Isla en las últimas décadas la convierten en una figura imprescindible cuando se hable de conquistas en el universo espiritual de la mujer.

Más allá de clasificaciones arbitrarias, de parecidos y semejanzas, esta pintura es el resultado de una búsqueda auténtica, nacida y desarrollada en el silencio, evocadora del presente y del pasado, ritualizadora y desacralizadora al mismo tiempo y, sobre todo, vinculada a la poesía por esos hilos sutiles que hacen al verdadero arte el portador de los significados más sugerentes y enigmáticos, aquellos que consiguen estremecer por su fuerza persuasiva y por la falta de artificios. Elsa Mora es más que una pintora una artista sui géneris con la que tendremos siempre que contar.

Marilyn Bobes

Poetisa, Periodista, Presidenta de la sección de literatura de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba
La Habana, 1997